ORIGEN DEL EJÉRCITO CONSTITUCIONALISTA

Francisco L. Urquizo

CLÁSICOS DEL CONSTITUCIONALISMO

ORIGEN DEL EJÉRCITO CONSTITUCIONALISTA

CLÁSICOS DEL
CONSTITUCIONALISMO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

INEHRM

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa
Director General

ORIGEN DEL EJÉRCITO CONSTITUCIONALISTA

Francisco L. Urquizo

MÉXICO 2020

Portada: El Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza, recorriendo los campos en los que se llevó la batalla de Celaya, Guanajuato, *ca.* 1916. En medio con Carranza los generales Alvaro Obregon y Benjamín Hill. Colección Ruth Becerra Velázquez.INEHRM.

Imágenes de interiores: Archivo Gráfico *El Nacional*, Fondo personal, INEHRM.

Ediciones impresas:
INEHRM, 1964
INEHRM (edición facsimilar), 2013

Ediciones en formato electrónico:
Primera edición, INEHRM, 2020

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-152-3

HECHO EN MÉXICO.

Índice

Prólogo
Felipe Ávila 7

Galeria de fotografías 19

Palabras pronunciadas por el general brigadier de estado mayor Jeronimo Gomar Suastegui, director del H. Colegio militar, al hacer la presentación del conferenciante, general de division Francisco L. Urquizo
[Edición facsimilar] 41

Origen del ejército constitucionalista. CONFERENCIA
[Edición facsimilar]
Francsico L. Urquizo 47

Prólogo

Felipe Ávila

Francisco L. Urquizo es, sin lugar a dudas, uno de los personajes que más ha contribuido a que las generaciones posteriores a aquella que hizo la Revolución Mexicana hayan podido aproximarse a ese magno acontecimiento y entenderlo a través de su magistral pluma. Los escritos de Urquizo, en los cuales rescata sus vivencias como participante de la gesta revolucionaria y donde ofrece retratos e imágenes memorables de los sucesos, se han convertido en una de las mejores descripciones para la comprensión de un evento tan vasto y complejo como la Revolución. Por eso, su obra es una referencia obligada para todo aquel que quiera conocer lo que significó ese gran cataclismo social que transformó para siempre a nuestro país.

Sin embargo, si debemos agradecer a Urquizo esa capacidad evocativa que nos hace revivir y emocionarnos con algunos de los sucesos centrales de la Revolución —como el triunfo y la muerte de Madero o el fin trágico de Carranza—, nuestra deuda es todavía mayor por lo que ha sabido transmitirnos sobre la vida dentro de los ejércitos revolucionarios. La prosa de Urquizo es una de las mejores maneras de conocer y evocar la vida en los cuarteles, las batallas, la disciplina militar, las hazañas guerreras, los temores, los errores y aciertos de los jefes, la mística y la incertidumbre que impregnaban la vida cotidiana de los soldados arrastrados por la vorágine revolucionaria. Por eso, sus narraciones son la contribución literaria más valiosa que nos ha llegado

de toda esa generación de grandes escritores de la Revolución para conocer desde dentro al ejército revolucionario.

Francisco L. Urquizo nació el 27 de julio de 1891 en la villa de San Pedro de las Colonias, Coahuila, en el seno de una familia relativamente acomodada dedicada a las labores agrícolas. Tuvo la oportunidad de estudiar en Torreón hasta el bachillerato y en la Ciudad de México una carrera comercial. Concluidos sus estudios medios, regresó a su terruño a trabajar en la hacienda algodonera de su padre. El 7 de febrero de 1911, cuando tenía 19 años, el joven san petrino fue atraído por la Revolución y se unió al movimiento insurreccional de Francisco I. Madero con el grado de soldado raso en el Primer Regimiento de la Segunda División del Norte del Ejército Libertador Maderista, que entonces estaba al mando de Emilio Madero, uno de los hermanos del líder revolucionario.

El joven coahuilense de inmediato se comprometió vitalmente con la Revolución y el proyecto maderista, y muy pronto, gracias a su valor y habilidades, ascendió en la jerarquía militar: de soldado raso pasó a Cabo, luego a Sargento Segundo, a Sargento Primero, a Subteniente y a Capitán Segundo, de manera que cuando el movimiento maderista logró derrocar a la dictadura de Porfirio Díaz, Urquizo era ya Capitán Primero del ejército encabezado por Madero.

En los meses siguientes, durante el gobierno interino de Francisco León de la Barra, Urquizo fue de los soldados maderistas que se incorporaron a las Fuerzas Rurales de la Federación, donde alcanzó el grado de Subteniente en el XXII Cuerpo de Caballería bajo el mando de Orestes Pereyra. Estando en esas funciones, tuvo el honor de formar parte de las fuerzas leales a Madero que se opusieron al golpe militar de Bernardo Reyes y Félix Díaz conocido como la Decena Trágica y, como actor y testigo privilegiado, vivió intensamente esos funestos días de los que luego nos ofreció pági-

nas extraordinarias en sus relatos. En los primeros días de la Decena Trágica, cayó prisionero de las fuerzas rebeldes de Félix Díaz, pero logró fugarse de prisión y se unió nuevamente a la resistencia heroica de las tropas leales a Madero, las cuales buscaban afanosamente acabar con la asonada militar de los traidores. Asimismo, formó parte de los valerosos rurales que trataron infructuosamente de desalojar a los rebeldes de la Ciudadela. De esos días, tiempo después, escribiría páginas memorables que se cuentan entre las más vívidas narraciones de un actor y testigo de esos funestos acontecimientos.

Asesinado Madero, Urquizo se fue a San Antonio, Texas, y luego se incorporó a las huestes de Venustiano Carranza, quien en el lejano Coahuila, enarbolando la bandera de la legalidad y el restablecimiento del orden constitucional, había iniciado el movimiento de resistencia contra el gobierno usurpador de Huerta, poco después de la muerte del apóstol de la democracia. Urquizo se incorporó de lleno a los combates que las fuerzas de Carranza libraban contra el ejército huertista en varios puntos del país. El 1 de abril de 1913 recibió el grado de Capitán Primero de Caballería. En mayo de ese año fue comisionado para organizar el Batallón de Zapadores, en Piedras Negras, Coahuila, y el siguiente mes publicó en Saltillo un folleto sobre la organización de la Caballería Constitucionalista. Su trabajo le valió ascender al grado de Mayor de Caballería en julio de ese año y tuvo el encargo de comandar el Batallón de Zapadores que él mismo había organizado. Participó en combates importantes como en Candela, donde derrotaron a uno de los militares más capaces de Huerta, el general Rubio Navarrete, y estuvo en el combate en el que las tropas constitucionalistas tomaron la ciudad de Monterrey, el 25 de octubre de 1913, acción que le valió el ascenso a Teniente Coronel de Caballería. En diciembre de ese año, fue comisionado para incorporarse al Esta-

do Mayor del Primer Jefe, Venustiano Carranza, quien por esas fechas se encontraba en Sonora. Cerca del Primer Jefe, Urquizo pudo conocer los puntos de vista y las decisiones del Jefe de la Revolución Constitucionalista. Siendo parte de su Estado Mayor, fue ascendido a Coronel el 23 de junio de 1914 y Carranza lo comisionó para organizar la Brigada Supremos Poderes, de la que fue Jefe de División desde noviembre de 1914 hasta diciembre de 1919.

En los meses decisivos de fines de 1914 y principios de 1915, cuando se rompió la unidad de las tropas revolucionarias que habían derrotado a Huerta y cuando varios de los principales colaboradores del Primer Jefe, como Obregón, Lucio Blanco y Antonio I. Villarreal dudaron entre apoyar a Carranza o seguir su propio camino, Urquizo demostró que su lealtad a Carranza era inquebrantable y se ganó aún más la confianza y el apoyo del Primer Jefe. Así, cuando se desataron las hostilidades de los constitucionalistas contra Villa y Zapata, Carranza le encomendó a Urquizo tareas de mayor responsabilidad, como la Comandancia Militar de la Ciudad de México en abril y mayo de 1915, y cuando lograron derrotar a Villa, en agosto de 1915, lo ascendió a General Brigadier y lo nombró Jefe del Departamento del Estado Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina en junio de 1916.

Desde ese cargo, Urquizo comenzó la reorganización del Ejército Constitucionalista, creó la Escuela Elemental de Artillería y estableció los almacenes y la fábrica nacional de armas. Además, como parte de esa reforma, se restableció la Procuraduría Militar y se creó, en julio de 1916, la Academia de Estado Mayor, que se inauguró en octubre de ese año en la ex Escuela de Agricultura de Popotla.

En el gobierno constitucional de Venustiano Carranza, el general Urquizo continuó prestando valiosos servicios a las fuerzas armadas. En febrero y marzo de 1917, se hizo cargo nuevamente de la Comandancia Militar de la Plaza de

la Ciudad de México; en noviembre de 1918, se encargó de la Jefatura de Estado Mayor de Operaciones Militares en el estado de Veracruz; y en mayo de 1919 y hasta septiembre de ese año, fue el Jefe de Operaciones Militares de aquel estado.

Cuando estalló la crisis política entre Obregón y Carranza, por el empeño del invicto general sonorense de suceder en el poder al Primer Jefe y la decisión de éste de impedirlo y abrir paso a una Presidencia civil, nuevamente se puso a prueba la lealtad de muchos de los generales y oficiales que habían sido subordinados y aliados de Carranza y que decidieron abandonarlo y apoyar las aspiraciones presidenciales de Obregón. En esas circunstancias, sólo un puñado de ellos permaneció leal a Carranza y a las instituciones, y decidió apoyarlo hasta el final, resistiendo, infructuosamente, la rebelión de los obregonistas que, bajo la bandera del Plan de Agua Prieta, se levantaron en armas contra el gobierno de Venustiano Carranza. El general Urquizo fue uno de los pocos militares que acompañó al antiguo Primer Jefe en su última batalla. Poco antes, desde septiembre de 1919 y hasta el estallido de la rebelión aguaprietista, estaba al frente de la Secretaría de Guerra y Marina, primero como Oficial Mayor y luego como Subsecretario encargado del Despacho.

El destino puso al todavía muy joven general Urquizo, que no había cumplido los 30 años, en medio de la última y trágica batalla de Venustiano Carranza. Derrotado su gobierno por la rebelión de Agua Prieta (en lo que algunos historiadores han llamado la Huelga de los Generales, por la defección de la mayoría de ellos y su adhesión al obregonismo), Carranza se quedó casi solo y abandonó la Ciudad de México seguido únicamente de unos cuantos valientes y fieles seguidores, tratando de llegar, sin conseguirlo, a Veracruz, pues fue detenido, emboscado y asesinado en Tlaxcalantongo por tropas seguidoras de los rebeldes sonorenses. Esa odisea final de Carranza fue vivida en carne propia por

el general Urquizo, quien acompañó al viejo Primer Jefe hasta el final. Ese episodio fue narrado después, con una gran fuerza expresiva, por el general Urquizo, como un homenaje al malogrado líder coahuilense.

Luego de la muerte de Carranza, el grupo sonorense que llegó al poder encabezado por Álvaro Obregón tomó represalias contra los pocos militares que habían permanecido fieles al antiguo Primer Jefe, por lo que el general Urquizo, junto con los generales Francisco Murguía, Manuel M. Diéguez, Pilar Sánchez, Juan Barragán, Cándido Aguilar, Cesáreo Castro y Jesús Agustín Castro fueron dados de baja del ejército y tuvieron que salir del país. Urquizo se exilió en España, donde permaneció hasta 1926.

No fue sino hasta 1934, bajo el gobierno del general Lázaro Cárdenas, cuando el general Urquizo, junto con sus demás compañeros castigados por su lealtad a Carranza, fueron readmitidos en las filas del ejército. Fue un acto de justicia, pues a todos ellos no se les podía acusar de otra cosa que de haber permanecido leales al presidente Carranza, a la legalidad y a las instituciones, valores que siempre ha defendido el ejército. En ese mismo año, Francisco L. Urquizo regresó a colaborar con el Gobierno mexicano y ocupó un puesto en la Secretaría de Hacienda, por lo cual solicitó una licencia temporal en el ejército, al que se reincorporó en 1939, cuando fue designado Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional.

Había pasado la época del encono y la división entre los distintos bandos revolucionarios y se había iniciado una época de reconciliación y de unidad nacional entre quienes primero habían luchado juntos y luego se habían distanciado por diferencias políticas y liderazgos encontrados. Como parte de ese proceso, al general Urquizo le comenzaron a llegar reconocimientos oficiales a su trayectoria. En octubre de 1939, fue distinguido como Veterano de la Revolución y

se le otorgaron diversos diplomas y condecoraciones, entre ellas la del Mérito Revolucionario. También fue ascendido a General de División en noviembre de 1940 y en abril de 1941 asumió la Jefatura de la Octava Zona Militar con sede en Tampico, Tamaulipas, de donde pasó a hacerse cargo de la Séptima Zona Militar con sede en Monterrey. En agosto de 1942, cuando había estallado la Segunda Guerra Mundial, fue nombrado Subsecretario de la Defensa Nacional y cuando nuestro país decidió entrar a la guerra, tomando partido por los Aliados y en contra de las potencias del Eje, el general Urquizo abanderó a la Fuerza Aérea Expedicionaria Mexicana, el conocido Escuadrón 201, en la base de Major's Field, en Greenville, Texas, el 23 de febrero de 1945.

La culminación de su brillante trayectoria fue recompensada cuando el general sanpetrino fue nombrado Secretario de la Defensa Nacional, el máximo honor que puede alcanzar un militar, cargo que ocupó del 1 de septiembre de 1945 al 30 de noviembre de 1946. Al frente de la Sedena recibió con honores al valeroso Escuadrón 201 cuando regresó de sus misiones en el océano Pacífico y creó también la Primera Unidad de Paracaidistas del Ejército Mexicano.

Concluida la participación nacional en la Segunda Guerra Mundial y habiendo llegado a su fin el gobierno del general Manuel Ávila Camacho, el general Urquizo dejó de estar al frente de la Sedena, pero siguió vinculado al ejército y propuso contribuciones importantes para su fortalecimiento. Así, en octubre de 1951 presentó un Plan General de Mejoramiento en la Organización del Ejército Mexicano y también, como uno de los más destacados revolucionarios, en marzo de 1952 presentó un proyecto para mejorar la Organización de la Legión de Honor Mexicana, institución a la que había ingresado tres años antes como miembro y de la que posteriormente fue Presidente.

Los últimos años de vida del general Urquizo le dieron la oportunidad de contribuir a la creación de una institución nacida con el propósito de estudiar y recopilar el abundante material archivístico que había producido la Revolución Mexicana. En agosto de 1953, bajo el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines, se creó el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM). Salvador Azuela fue puesto al frente de dicho instituto como Vocal Ejecutivo y fueron nombrados también otros personajes que habían tenido una participación relevante en la gesta revolucionaria: Luis Cabrera, Antonio Díaz Soto y Gama, Diego Arenas Guzmán, Jesús Romero Flores, Pedro de Alba y el general Francisco L. Urquizo formaron parte del Patronato del instituto.

Gracias a las gestiones del general Urquizo, quien había sido nombrado también en 1953 Jefe del Departamento de Industria Militar, el INEHRM tuvo sus primeras instalaciones en la Plaza de la Ciudadela número 6, en una parte del edificio administrado por la Sedena en ese histórico lugar. El general, igual que sus demás compañeros del Patronato y el propio Vocal Ejecutivo, puso al servicio del instituto sus conocimientos y su energía para publicar trabajos relacionados con la gesta armada, propuso la publicación de libros y memorias de los sobrevivientes de la Revolución, así como la compra de archivos y bibliotecas. Impartió conferencias históricas en varios estados de la República y él mismo grabó conversaciones con veteranos de la Revolución sin hacer distinciones entre las diferentes facciones revolucionarias.

Desde 1953, el general Urquizo, de manera fraterna y cordial, no sólo alentó a sus compañeros sobrevivientes de la Revolución para que escribieran y publicaran sus testimonios en el instituto, sino que propuso la integración de expedientes militares de los principales jefes revolucionarios como parte del acervo del INEHRM, sugirió que se pusieran

en contacto con varios de los principales sobrevivientes que podían aportar información valiosa y sostuvo rigurosas discusiones epistolares con algunos de ellos sobre aspectos relacionados con la gesta armada. En esa correspondencia se puede observar el tono fraterno y respetuoso con el que defendía sus puntos de vista, así como la humildad para aceptar críticas y corregir la interpretación de algunos hechos a partir de la información proporcionada por sus interlocutores. Por ejemplo, a raíz de la publicación en el INEHRM de su libro *Páginas de la Revolución*, el ingeniero Marte R. Gómez, quien había sido un destacado militante zapatista, le escribió una larga misiva en la que precisaba algunos puntos del libro de Urquizo. Éste le contestó con otra larga carta en la que defendía y reforzaba con nuevos datos sus puntos de vista y le agradeció a Marte R. Gómez su lectura y sugerencias, diciéndole:

> Sus conceptos son valiosísimos para mí por venir de un intelectual y revolucionario tan destacado como lo es usted. Gracias, Ingeniero, por sus palabras estimulantes para mi afición de escribir cosas de nuestra Revolución. No me resta, señor Ingeniero y fino amigo, sino agradecerle que se haya tomado la molestia de leer con tanto detenimiento mi libro y los conceptos tan valiosos para mi persona que como escritor tiene usted y también como revolucionario.

Esta misma actitud la tuvo el general Urquizo no sólo con sus pares, intelectuales y revolucionarios, sino también con los jóvenes estudiantes e investigadores que se acercaban a él para preguntarle dudas sobre la Revolución, a las que respondía con gusto y generosidad.

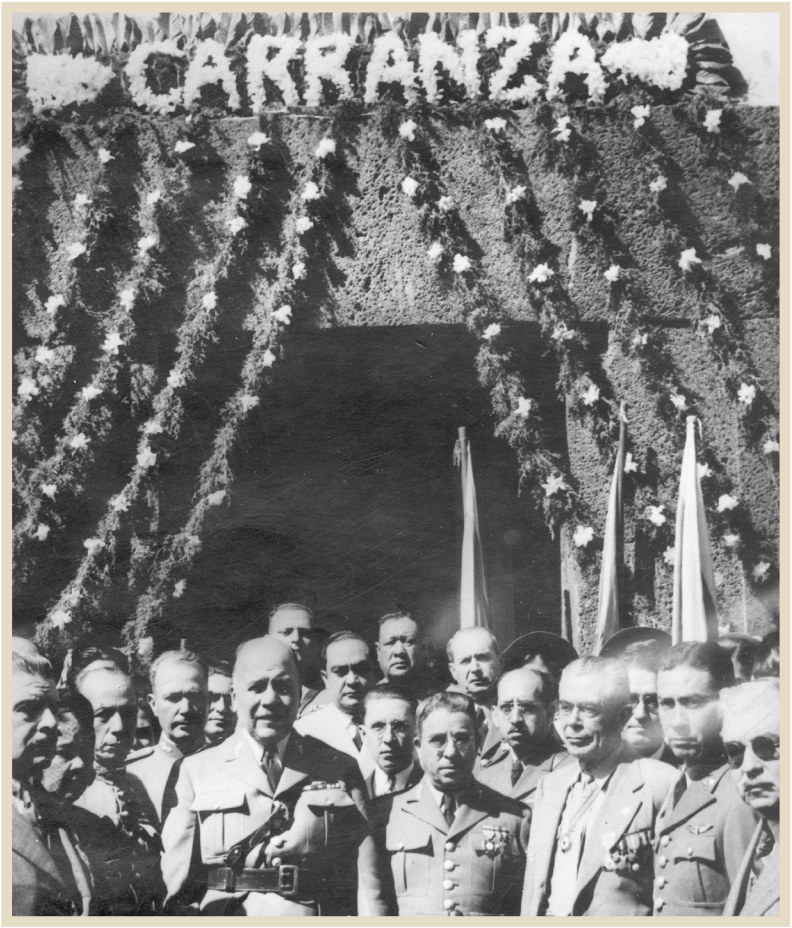
En 1967, el Senado de la República le otorgó la medalla Belisario Domínguez como reconocimiento a sus méritos

militares y a su trayectoria en favor de la literatura y del conocimiento histórico de la Revolución Mexicana. Dos años después, el 6 de abril, el general Urquizo falleció en la Ciudad de México. Los restos de ese notable militar, escritor y maestro sanpetrino, descansan en la Rotonda de las Personas Ilustres desde el 6 de agosto de 1994.

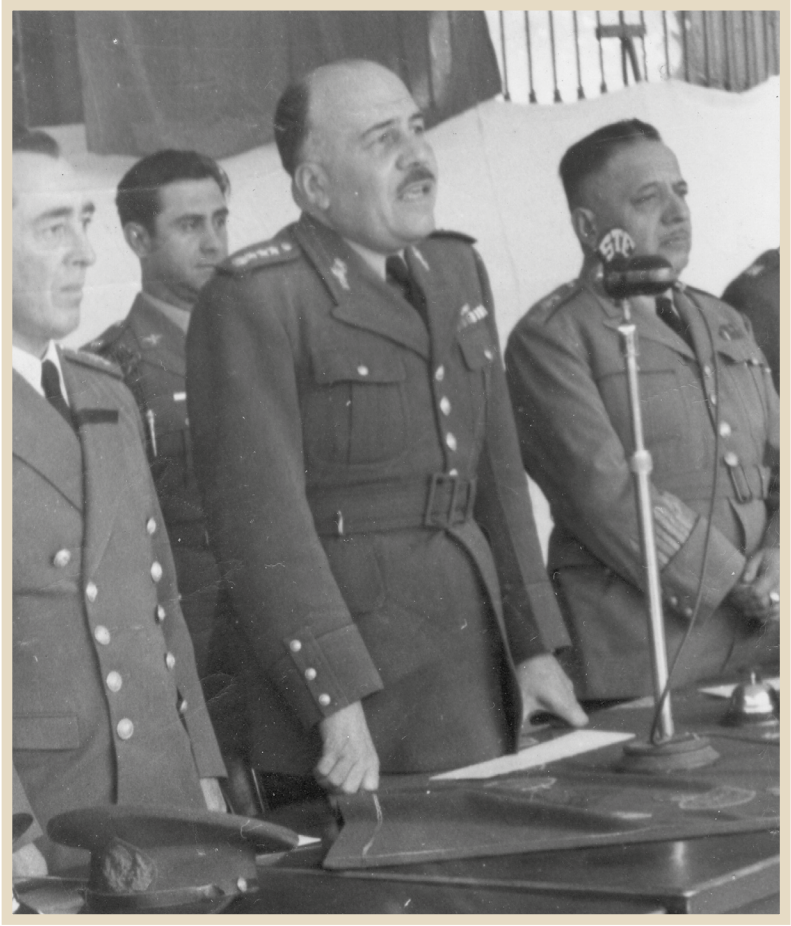
Para el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México es un honor, en el marco de la Conmemoración del Centenario de la muerte de Venustiano Carranza, editar nuevamente su obra *Origen del ejército constitucionalista*, conferencia que dictó Francisco L. Urquizo hace 57 años, cuando se cumplieron los primeros diez lustros del Ejército Mexicano, uno de los pilares institucionales en la construcción y consolidación del México moderno, al que él tanto contribuyó en fortalecer. Sirva el presente como un homenaje al general Francisco L. Urquizo, un personaje que contribuyó notablemente al triunfo de la revolución constitucionalista y a la creación y fortalecimiento del INEHRM.

Galería
de fotografías

General Francisco L. Urquizo, *ca*. 1940. Foto Isaac Moreno.



Honores al general Venustiano Carranza, *ca*. 1940.



Discurso en evento de la Escuela Militar, *ca*. 1940.

Entrega de diplomas en la Escuela Mecánica de Aviación.

Entrega de diplomas a médicos militares, ambas *ca*. 1940.

Felicitaciones de año nuevo por el general Urquizo, Secretario de la Defensa Nacional, y altos funcionarios del Ejército Mexicano, 2 de enero de 1945. Foto Isaac Moreno.

Aniversario de la Constitución de 1917, *ca*. 1945.

Urquizo con altos jefes del Ejército, *ca*. 1940.

Urquizo con altos jefes del Ejército, *ca*. 1940.

General Francisco L. Urquizo, *ca*. 1940.

Gracias a las gestiones del general Urquizo, el INEHRM tuvo sus primeras instalaciones en la Plaza de la Ciudadela número 6, en una parte del edificio administrado por la Sedena en ese histórico lugar.

Esta publicación ha sido hecha para conmemorar el cincuentenario de la firma de los Tratados de Teoloyucan el 13 de agosto de 1914, por el Patronato del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, órgano consultivo de la Secretaría de Gobernación de la que es titular, como Subsecretario Encargado del Despacho, el LIC. LUIS ECHEVERRÍA.

PATRONATO:

LIC. SALVADOR AZUELA (Vocal Ejecutivo).

SR. DIEGO ARENAS GUZMÁN.

LIC. ANTONIO DÍAZ SOTO Y GAMA.

SR. MARTÍN LUIS GUZMÁN.

PROFR. JESÚS ROMERO FLORES.

GRAL. FRANCISCO L. URQUIZO.

Oficina: Plaza de la Ciudadela Núm. 6.

ORIGEN DEL EJERCITO CONSTITUCIONALISTA

FRANCISCO L. URQUIZO

ORIGEN DEL EJERCITO CONSTITUCIONALISTA

MEXICO • 1964

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso en los Talleres Gráficos de la Nación

Conferencia sustentada el día 22 de febrero de 1963, ante los alumnos del Heroico Colegio Militar, con motivo del L aniversario de la creación del Ejército.

GRAL. FRANCISCO L. URQUIZO.

45-98-84.

Palabras pronunciadas por el general brigadier de estado mayor Jeronimo Gomar Suastegui, director del H. Colegio militar, al hacer la presentación del conferenciante, general de division Francisco L. Urquizo

EDICIÓN FACSIMILAR

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL GENERAL BRIGADIER DE ESTADO MAYOR JERONIMO GOMAR SUASTEGUI, DIRECTOR DEL H. COLEGIO MILITAR, AL HACER LA PRESENTACION DEL CONFERENCIANTE, GENERAL DE DIVISION FRANCISCO L. URQUIZO

Nació el mes de junio de 1891, en San Pedro de las Colonias, Coah.

En su juventud fue agricultor, como su padre.

Estudió la primaria y preparatoria en Torreón, Coah., y la carrera comercial en el Liceo Fournier, de la ciudad de México.

Cuando se levantó el Sr. Madero, se incorporó a las filas, como tropa, con don Emilio Madero, quien mandaba la 2ª División del Norte del Ejército Libertador.

En esa división llegó a capitán 1º, comandante de escuadrón del Regimiento que mandaba don Sixto Ugalde.

Cuando triunfó el Sr. Madero y estas unidades se convirtieron en rurales, pasó con su escuadrón al 22º Cuerpo de Caballería de la Federación, que mandaba don Orestes Pereyra. Su grado ahí fue el de cabo primero (equivalente al de capitán 1º).

Por su cariño a la carrera de las armas, se incorporó al Ejército Federal como subteniente del Escuadrón de Guardias de la Presidencia, a las órdenes del capitán 1º Manuel M. Blázquez, y en esta unidad permaneció hasta la muerte del Sr. Madero, habiendo tomado parte en la "Decena Trágica".

Cayó prisionero de Félix Díaz cuando con otros elementos leales estaba defendiendo su cuartel en "La Ciudadela"; pero logró fugarse y se presentó con el jefe del Estado Mayor Presidencial, que lo era el capitán de navío Hilario Rodríguez Malpica.

Con este motivo el Sr. Presidente ordenó su ascenso a teniente, pero no logró ponerse las insignias por estar en plenos combates.

Posteriormente fue destinado como oficial de órdenes ante las tropas leales, a las órdenes del general Joaquín Beltrán, comandante del Punto de Chapultepec, y del general Eduardo Caos, comandante de la Fuerza de Caballería.

Después que asesinaron al Sr. Madero y considerando que ya nada tenía que hacer en el ejército, solicitó su baja, la que le fue concedida de inmediato; y con muchos sacrificios económicos se fue para San Antonio, Tex., y de allí a Piedras Negras, Coah., para incorporarse a don Venustiano Carranza, quien acababa de llegar a esa población después de haber firmado el Plan de Guadalupe, el 26 de marzo de 1913. Se incorporó el 1º de abril de 1913 y fue destinado al Estado Mayor de la Primera Jefatura, con el grado de capitán 1º, que era el que había ostentado con los rurales.

Contando con la aprobación de don Venustiano Carranza organizó un batallón de zapadores con 500 plazas, con mineros de La Rosita, Cloete, La Agujita, etc.

Siendo capitán fue designado comandante de este batallón, y con él batieron a Rubio Navarrete en Candela y derrotaron también a un regimiento que mandaba José Alessio Robles. Con el ganado que se capturó al regimiento, el batallón siguió su marcha.

Allí, en el campo de batalla, ascendió a mayor, y durante el ataque y toma de Monterrey, entre el 22 y 25 de octubre de 1913, ascendió a teniente coronel.

De ese lugar, por orden del general Pablo González, se fue a incorporar a don Venustiano en Sonora, habiéndose hecho cargo de la escolta montada (un regimiento).

Cuando el Cuerpo de Ejército del Nordeste avanzó hacia México, en un movimiento simultáneo con el Cuerpo de Ejército del Noroeste, fue ascendido a coronel.

Después de la captura de México y de la escisión con Villa, marchó a Veracruz, que acababan de desalojar los americanos, y ahí fue designado comandante de la plaza, procediendo a organizar la brigada "Supremos Poderes", que más tarde llegó a ser división.

Posteriormente, cuando se incorporó otra vez a México, fue nombrado comandante de la Plaza y de la división "Supremos Poderes".

Siendo Presidente don Venustiano Carranza, fue designado jefe de Estado Mayor de la Jefatura de Operaciones de Veracruz, cuyo jefe lo era el general Cándido Aguilar.

Por su labor en Veracruz, y siendo ya general brigadier, fue designado oficial mayor encargado del Despacho de Guerra y Marina, y posteriormente Subsecretario encargado del Despacho.

Cuando el desastre de 1920 en que fue asesinado el Sr. Carranza, el general Urquizo fue hecho prisionero y enviado a la Prisión de Santiago Tlaltelolco, donde permaneció siete meses.

Al salir de la cárcel logró marchar a Europa, donde vivió tres años, especialmente en España.

Cuando regresó a México estuvo trabajando, como civil, en la Secretaría de Hacienda.

Reingresó al ejército como general de brigada el año 1938, por ser éste el grado que ostentaba en 1920.

Su primera comisión, al reintegrarse al ejército, fue la de jefe de la guarnición de Ciudad Juárez, Chih.

Después, jefe del Estado Mayor de la Secretaría, siendo Secretario el general de división Jesús Agustín Castro.

Posteriormente, durante el gobierno del general Avila Camacho, y siendo ya general de división, fue comandante de la Octava Zona Militar (Tamaulipas).

Después pasó a hacerse cargo de la Séptima Zona Militar (Nuevo León).

Más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial, fue Subsecretario de la Defensa, siendo el titular el Sr. general Cárdenas.

Al renunciar el general Cárdenas, el general Urquizo se hizo cargo de la cartera de la Defensa Nacional.

Ocupó también la comandancia de la Legión de Honor, y durante la presidencia del Sr. Ruiz Cortines fue jefe del Departamento de la Industria Militar.

Como dato curioso debe mencionarse que el actual Heroico Colegio Militar tuvo su origen en la Academia de Estado Mayor, y que fue el Sr. general Urquizo a quien tocó la tarea de organizarlo e inaugurarlo, contando para ello con los elementos que se encontraban estudiando en la ya mencionada Academia de Estado Mayor.

El Sr. general Urquizo es también un destacado escritor, por innata afición desde sus años mozos.

Su actividad militar y la de escritor corren parejas; no es, por cierto, nada raro que la espada y la pluma marchen unidas, pues parece cosa normal que el soldado, si tiene alguna cultura, exprese con letras sus sinsabores en la vida militar, tanto más si esos sinsabores han tenido lugar en una época agitada como lo fue la de la Revolución Mexicana.

Como escritor, el general Urquizo ha sido fecundo, ha escrito libros y ha colaborado, y aún sigue haciéndolo, en periódicos, diarios y revistas; los temas que ha tratado, como es de suponerse, dada su calidad de militar, han sido generalmente bélicos, y entre sus obras más sobresalientes se cuentan: *Tropa Vieja, Recuerdo que..., México-Tlaxcalantongo, Páginas de la Revolución, Viva Madero, De la vida militar mexicana, 3 de Diana, Un Pedazo de Historia de la Revolución, El Capitán Arnaud* y otros muchos cuyos nombres escapan a mi memoria.

Esta es, a grandes rasgos, una semblanza de la vida y la obra del Sr. general Urquizo, autor de la conferencia que hoy se dicta en este plantel.

Origen del ejército constitucionalista

CONFERENCIA

EDICIÓN FACSIMILAR

Francsico L. Urquizo

ORIGEN DEL EJERCITO CONSTITUCIONALISTA

C. Gral. de Div. *Francisco L. URQUIZO.*

Cincuenta años hace que nació el Ejército Constitucionalista. Nació del pueblo; era el pueblo mismo, en armas, que brotaba espontáneo para luchar contra un verdadero ejército, profesional y encastado, que respaldaba a un gobierno espurio surgido de un cuartelazo y del asesinato proditorio del legítimo Presidente de la República, don Francisco I. Madero.

Surgía el Ejército Constitucionalista, como había surgido tres años antes el Ejército Libertador, en 1910, encabezado por Madero, contra la larga dictadura del general Porfirio Díaz. Era el pueblo el que luchaba en los años diez, como lo fue, asimismo, el que empezó la lucha en los trece. Lucha desigual, cruenta y enconada. Los dictadores y los usurpadores viven mientras el pueblo no se yergue y los sacude. No importa que los fusiles y los cañones los amparen y los profesionales militares estén con ellos. El pueblo es soberano, y contra él nada se puede. Si un ejército combate contra un pueblo, el ejército inexorablemente será vencido.

Cincuenta años han pasado, y aún queda en mi mente, como si fuera una larga noche de insomnio, aquellos diez largos días de intenso fuego y de muerte, aquel suceso inolvidable de mis años mozos, cuando era subteniente del Escuadrón de Guardias de la Presidencia, del Apóstol Madero.

Cincuenta años y aún vivimos para recordar, como si fuera "el montaje" de una película siniestra del año trece. Generales con barbas; oficiales de gorras prusianas; soldados de cabezas rapadas y con chacós de cuero; rurales ataviados como los charros; "catrines de bombín", con carrilleras y fusil; soldaderas humildes; perros callejeros que lamen a los muertos; paisanos que huyen; puertas que se cierran; luz que se apaga; lamentos; blasfemias, y toda esa barahúnda dentro de una nube de humo

y un resonar constante de disparos de cañón, de ametralladoras y de fusilería. Trágica pesadilla que parecía que no iba a tener fin, o que su final lógico sería la propia muerte.

Día y noche, sin cesar, atronaban las piezas de artillería, las ametralladoras y los fusiles; parecía que nunca iba a terminar aquello. "La Ciudadela", punto militar sin importancia, se convirtió de pronto en un reducto inexpugnable; vomitaba metralla hacia todos lados, repartiendo la muerte. Las tropas leales avanzaban poco a poco, con grandes trabajos, como si una fuerza irresistible, aparte de las balas, les impidiera llegar hasta el objetivo deseado.

Había una torpeza inaudita en todos los jefes, tanto de los sitiados como de los sitiadores; ni los primeros se atrevían a romper el sitio, ni los segundos intentaban un asalto a la fortaleza; era aquello sólo cuestión de entretener el tiempo, sacrificando, de paso, el mayor número de gente posible, para sembrar el terror y provocar el arreglo seguro, previamente convenido, en secreto, entre unos y otros.

Y mientras maduraba el plan y se llegaba a un entendimiento entre Huerta y Félix Díaz, los fusiles seguían disparando, los cañones repartían granadas por toda la ciudad y morían las gentes a centenares. Cayeron los rurales maderistas, segados por el fuego de las ametralladoras, en las calles de Balderas, cuando por orden de Huerta, torpemente cargaban a caballo por aquella calle descubierta, hacia "La Ciudadela"; cayó el coronel Juan C. Castillo, jefe del Séptimo Batallón, con muchos de los suyos, al tratar de tomar posiciones cerca de las calles de Bucareli; caían todos los días hombres y más hombres, y el fuego seguía incesante, tronchando vidas y sembrando terror.

Era la ciudad de México una grandiosa obra de pirotecnia espectacular: granadas que semejaban lluvia de estrellas, fogonazos, silbidos de balas, ruido infernal e iluminación caprichosa de la pólvora en las calles, carentes de luz eléctrica desde el primer día.

Andanadas de cañonazos, descargas de fusilería, interminable traqueteo de las ametralladoras, soldados que mueren, escuadrones y compañías que son cercenados al igual que espigas de trigo, como por gigantesca hoz, muerte, desolación.

Allá por los basureros del rumbo de Zoquipa se hacinaban grandes montones de cadáveres de combatientes: ¡gobiernistas y rebeldes, vencidos y vencedores! formaban una montaña de carne morena, ensangrentada y maloliente ya.

Un baño de gasolina empapó a los cadáveres y a poco una llama intensísima se elevaba hacia el cielo como ofrenda grandiosa y macabra de otros tiempos.

Después, los muertos retorciéndose, como si de pronto el fuego les diera nueva vida; brazos que empuñados, se levantan amenazantes, clamando venganza; piernas que se entrelazan, cabezas con muecas horripilantes, olor a carne quemada, visión espantosa del infierno, saldo de la batalla...

Termina la tragedia con crueldad y con más sangre. A Gustavo Madero, hermano del Presidente, quien sólo tenía un ojo, lo ciegan los sicarios con un golpe de marrazo en el ojo bueno y lo rematan a tiros y a cuchilladas. Bassó, el Intendente de Palacio, muere fusilado al pie de la estatua de Morelos, frente a "La Ciudadela", viendo la Estrella Polar que tantas veces fue su guía en su vida marinera. Madero y Pino Suárez caen asesinados a balazos, en las afueras de la Penitenciaría.

Parece que todo ha terminado y que tras la gran tragedia renace la alegría para los vencedores. La aristocracia celebra el triunfo en sus fastuosas residencias, y en los lupanares o en las cantinas, la oficialidad se embriaga.

Ha terminado la ilusión de un gobierno democrático. Volvería la dictadura del general Díaz, ahora más sangrienta con Huerta vencedor, parecería que todo hubiera terminado y en realidad no era sino el principio de una nueva lucha, más cruenta que las que hasta allí habían sido. Iba a empezar realmente la más grande sacudida en la Historia de México, con su gran Revolución.

Parecía que empezaba otra noche larga como lo fue la porfiriana, que la obscuridad iba envolviendo todo el ámbito del país, del que sólo quedaban en la lejanía, allá en el norte, dos luces tenues, casi agonizantes: Coahuila y Sonora. De aquellas dos luces tenues, débiles para luchar contra una obscuridad aplastante, iban a brotar el fanal y la hoguera gigantesca que anidara en nuestro pueblo y que con su llama vivificadora purificara todo lo nocivo y lo derrumbara todo, para sobre sus escombros fincar los cimientos de una revolución social, no vengadora, sino simplemente justiciera. Fue el grito proletario, el esfuerzo del pueblo sufrido, del trabajador, del de abajo, el que hizo posible el triunfo del movimiento más grande de nuestra historia.

Don Venustiano Carranza, gobernador del Estado de Coahuila, y don José Mª Maytorena, gobernador de Sonora, no reconocieron al general Victoriano Huerta como Presidente de México, por usurpador, traidor y asesino de don Francisco I. Madero, Presidente de la República, y del Vicepresidente, licenciado José Mª Pino Suárez. Maytorena, después de su gesto desconociendo a Huerta, quizás temeroso o semiarrepentido, dejó el gobierno de Sonora en manos de don Ignacio L. Pesqueira y se fue al extran-

jero. Don Venustiano Carranza se aprestó a la lucha y lanzó el memorable Decreto de la XXII Legislatura del Estado de Coahuila, marcado con el número 1,421, de fecha 19 de febrero de 1913. Solamente contenía dos artículos y uno económico:

"*Artículo Primero.* Se desconoce al general Victoriano Huerta en su carácter de jefe del Poder Ejecutivo de la República, que dice le fue conferido por el Senado, y se desconocen, también, todos los actos y disposiciones que dicte con ese carácter.

"*Artículo Segundo.* Se conceden facultades extraordinarias al Ejecutivo del Estado, en todos los ramos de la Administración Pública, para que suprima las que crea convenientes y proceda a armar fuerzas para coadyuvar al sostenimiento del Orden Constitucional en la República.

"*Económico.* Excítase a los Gobiernos de los demás Estados, y a los jefes de las Fuerzas Federales, Rurales y Auxiliares de la Federación, para que secunden la actitud del Gobierno de este Estado."

Ese pequeño Decreto, el número 1,421, fue el que creó el 19 de febrero de 1913 al Ejército Constitucionalista, progenitor del ejército actual.

El ejército, que nacía débil en personal y en armamento, no era ya, sin embargo, aquel de 1910, llamado Libertador, o, más bien dicho, maderista, que logró que el general Porfirio Díaz dejara el poder que había ejercido dictatorialmente durante treinta años. No eran aquellos campiranos de entonces.

Muy malos soldados éramos cuando fuimos maderistas; no teníamos noción alguna de lo que pudiera ser la disciplina y la instrucción militar. Nuestros jefes lo eran más por su valor que por su pericia; eran los que vulgarmente se dice por el norte, "los más atravesados". A la hora del combate, eran los jefes los que lanzándose sobre el enemigo, esgrimiendo sus armas, daban el famoso grito aquel de: "el que sea hombre que me siga", y como aquello era una cuestión de honor, seguíamos al valentón aquél, aun a través de la lluvia de balas con que solían saludarnos los federales.

Aquello de "el que sea hombre que me siga", era la única voz de mando que sabían nuestros jefes, y aun estaba muy lejos de ser una orden, pues dejaban a la elección de cada quien el que los siguiera o no, según que en su corto o largo criterio entendiera que el ser hombre consistía en seguir al atrabancado aquel del grito.

Aquellas "arrancadas" hacia el enemigo no eran las únicas, pues también las había "a toda mecha" hacia atrás, y éstas se daban sin esfuerzo alguno, ni orden previa de ningún género.

En el combate, por instinto de conservación, gritaban todos en diferentes tonos y tiempos: "¡ábranse...! ¡ábranse...!", para tomar en cierto modo una formación de "tiradores".

Se trataban soldados y jefes con mucha familiaridad y constituía aquello una democracia por demás graciosa y ocurrente. No creía el soldado —por ejemplo— que él iba a combatir porque así se lo ordenaban sus jefes, sino que él iba a ayudar a sus compañeros en tal o cual acción de armas, como si únicamente los otros fueran los de la obligación y él no. Así como que tan sólo se iba "a dar la mano", como decían entre ellos.

Los agrupamientos tampoco constituían unidades con denominaciones de carácter militar, sino que éstas eran conocidas por el nombre del jefe que las comandaba o figuraba al frente de ellas; por ejemplo: la fuerza que mandaba el coronel Sixto Ugalde, venía a ser "la gente de don Sixto" y la de Orestes Pereyra, "la de don Orestes".

El jefe de cada grupo armado descansaba su confianza sobre "su secretario", que era por lo general el más leguleyo del grupo y el encargado de redactar las pocas cartas que eran necesarias, así como de decir los pocos discursos que se ofrecían. Otro personaje importante en cada grupo, una especie de tercer jefe del mismo, lo era "el tenedor de libros", algo así, en el terreno militar, al que con el tiempo vinimos a conocer con el nombre de Jefe del Detall; pero entonces sólo se le designaba por "tenedor de libros", porque su cargo era semejante al del escribiente de las haciendas, de donde procedía aquella gente convertida por accidente en soldados.

"El tenedor de libros", cuando mucho, llevaba alguna libreta de las que sirvieran antes para rayar peones, y algún mal libro de caja, en el que clasificaba como "mercancías generales" el forraje de la caballada o "la pastura", como solían llamarle, y la carne de las reses sacrificadas para el sustento de la fuerza.

No había uniformes ni insignias, y el único distintivo era un listón tricolor, que se usaba en lugar de las toquillas de los sombreros.

Cuando se pernoctaba en algún poblado, se establecía siempre una guardia en el portón de la casa que se convertía en cuartel; esta guardia se componía de dos individuos que se colocaban uno a cada lado de la puerta y que tenían amplia libertad para sentarse o para permanecer de pie, así como para fumar sus cigarros, charlar, comer y hacer cuanto les viniera en gana; pero eso sí, teniendo siempre un ojo pendiente en su encargo; encargo éste que se prolongaba indefinidamente, pues no había costumbre de hacer relevos, y a veces duraba la misma pareja un día o más en el mismo sitio, separándose de él lo preciso para atender a sus necesidades imperiosas o para echar tal o cual sueñecito indispensable.

Nada le importaba a la guardia de lo que sucediera dentro o fuera de su puesto y toda su atención estaba fija tan sólo en que toda aquella persona que pasara por la puerta resguardada, fuera quien fuera, debería hacer un saludo llevándose una mano al sombrero y decir simultáneamente: "con permiso de la guardia". Si no se pedía el permiso en esa forma, los guardianes atravesaban sus fusiles en la puerta, uno de cada lado, formando entre ambos una cruz, e impedían el paso; por lo demás, podía pasar quien quisiera, siempre que pidiera el permiso antes dicho.

Parte de aquella gente que hizo la Revolución de 1910, pasó a formar Cuerpos Rurales o Cuerpos Auxiliares de la Federación, dependientes de la Secretaría de Gobernación, y así, ya con instrucción militar y con experiencia de campaña, fueron a engrosar, la mayoría de ellos, el naciente Ejército Constitucionalista.

El gobernador Carranza, después de su histórico Decreto del que nos hemos ocupado, se lanzó a la campaña contra el régimen espurio contando tan sólo con las escasas fuerzas que guarnecían Coahuila y que eran de origen maderista. Muchos hombres había dado el Estado, y la mayoría de ellos estaban desperdigados por distintas partes de la República.

Salió el Sr. Carranza de Saltillo, sabedor de que fuerzas federales iban a ocupar esa plaza y a emprender la campaña contra él. Reunió las fuerzas que le fue dable y atacó, sin éxito, la ocupada Saltillo. Bien sabía el Sr. Carranza que no lograría tomar la plaza, pero su objeto era que el país se diera cuenta de que existía un movimiento real, que se oponía al gobierno de la usurpación.

Hubo de retirarse de Saltillo con sus fuerzas atacantes, y en el camino hacia el norte pernoctó, el 25 de marzo, en la hacienda de Guadalupe, donde junto con los jefes y oficiales de las fuerzas que lo acompañaban en esos momentos formularon un plan, el famoso "Plan de Guadalupe", que vino a dar contenido al movimiento armado, cuya característica esencial era la de ser la primera barrera contra la usurpación huertista; formándose un ejército que se denominaría Constitucionalista, y cuyo Primer Jefe sería el C. Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila. Había, pues, un ejército con un jefe comandante de él. Unidad de mando esencial en todo, pero imprescindible en lo militar.

El Plan fue reconocido desde luego por las fuerzas que operaban en Coahuila y por las numerosas de Sonora, así como por algunas de Chi-

huahua, todas ellas de procedencia maderista, y posteriormente por los jefes de todas las fuerzas que del pueblo brotaban para luchar contra la usurpación.

La contienda prometía ser larga, cruenta y dispareja. Se iba a luchar contra un ejército disciplinado, fuerte y bien armado; contra un ejército profesional, ya numeroso desde el principio de la campaña y acrecentado mucho más por Huerta, militar hábil y experimentado; contra las clases pudientes del país, conservadoras, y contra todo un sistema perfectamente coherente y afín al usurpador. En favor de los constitucionalistas obraba la buena calidad de los componentes del nuevo ejército: hombres libres, jóvenes y entusiastas; fuerzas auxiliares o irregulares ya fogueadas; hombres del campo y mineros; así como el contar con la simpatía de "los de abajo", de los proletarios. Soldados improvisados del pueblo, contra militares profesionales y encastados; pobres contra ricos. El pueblo contra el ejército.

"Si un ejército combate contra un pueblo, el ejército será vencido."

No vamos a narrar la historia del Ejército Constitucionalista, sería muy largo hacerlo. No bastaría el tiempo disponible para ello, vamos sólo a tratar de narrar el origen de aquel glorioso ejército que fue el transformador de nuestra patria en su mejoramiento social, que se inició entonces y que aún está en marcha.

Decíamos que la calidad humana de uno y otro ejércitos, del Federal y del Constitucionalista, era diferente. Mientras que en el Ejército Constitucionalista, tanto los jefes y oficiales como la tropa eran jóvenes, sanos de cuerpo y alma, desinteresados, endurecidos por las fatigas de sus anteriores trabajos campestres, llenos de entusiasmo y sobre todo, voluntarios —no hacía falta pasar lista, porque todos estaban, a cualquier hora del día y de la noche, listos para la marcha o el combate—; en el Ejército Federal los mandos, regularmente, los tenían hombres maduros, y a veces no tan sólo maduros sino ancianos, que físicamente tenían, por fuerza, que ser inferiores a los jóvenes. La oficialidad era buena, preparada, eficiente; pero si no la mandaban bien ¿qué podían hacer? La tropa era mala, por su origen; reclutada "de leva". Forzados, por tanto, tenían que estar vigilándolos siempre, para evitar, lo más posible, las incesantes deserciones. Los oficiales y las clases eran verdaderos carceleros. Tenían que operar en conjunto, pues era peligroso el dispersarse.

Eran forzados, sacados preferentemente de las cárceles, delincuentes, pues, o consignados al servicio de las armas por los jefes políticos, los

que casi siempre obedecían órdenes de los hacendados o caciques de los pueblos. Carne de cañón, "Juan soldado" de todos los tiempos, desde Su Alteza Serenísima, el nefasto don Antonio López de Santa Anna, hasta el porfiriato. Mal alimentados con atole, chile y frijoles; carne prieta, débil y triste, que iban a matar gente sin saber por qué, y que los hacían entrar al combate a cintarazos; que lo mismo podían morir por las balas del enemigo que tenían en frente, que por las de los fusiles de sus compañeros, ante un paredón cualquiera; gente que constantemente oía de sus cabos y sargentos las leyes penales como diarias letanías: "cometes éste o el otro delito y... ¡pena de muerte, pena de muerte, pena de muerte...!

Indios tristes, ensombrecidos, indiferentes, que lo mismo les daba morir que matar.

El armamento de los federales era: fusil o carabina máuser de 7 mm., con abundantes municiones; ametralladoras "hotchkinz", francesas; cañones de los llamados tipo poderoso de 80 mm., de campaña, de 75, o de montaña, de 70. Sables para la caballería y marrazos para los fusiles de los infantes; armas blancas que nunca llegaron a usar.

El armamento de los constitucionalistas era: carabina Winchester 30-30, municiones parcas; artillería, cero; ametralladoras Colt, contadísimas, y eso sí, el armamento que se les iba quitando a los federales, cuando se les derrotaba.

Servicio sanitario de los federales, medianejo; pero algo tenían. Los constitucionalistas algo así como nada.

Ganado caballar de los federales, mediano; de los constitucionalistas, muy bueno.

Indumentaria de los federales: uniforme de dril o de paño, para usar según la estación del año; la de los constitucionalistas, cuando empezaron a recibir equipo, fue: sombrero tejano, saco y pantalón de caqui amarillo, zapatos, bolsas de lona para bastimento y para municiones, si acaso no había cananas de cuero; cobija con portamantas y caramañola para el agua.

Intendencia, yo diría "subsistencia", para los constitucionalistas: haberes, cero; ración de harina de trigo, azúcar, café y carne, para que cada quien hiciera su comida por su propio esfuerzo.

El abastecimiento de armas y municiones procedía de los Estados Unidos, a cambio de ganado vacuno que se recogía en los agostaderos de las haciendas ubicadas en el territorio en que se operaba.

Haberes los tuvo el Ejército Constitucionalista hasta que se lanzó una emisión de papel moneda en Monclova, por cierto que era un papel de magnífica presentación: parecían dólares, los que tenían muy buena aceptación en todas partes, incluso en los propios Estados Unidos.

Es oportuno mencionar que el costo de la Revolución Mexicana, en su movimiento armado, lo sufragó la propia Nación Mexicana, y que nunca se recurrió a empréstitos con el extranjero; lo que hubiera comprometido a las administraciones surgidas de la Revolución a otorgar concesiones a aquellos extranjeros que hubieran aportado dinero para sostener al nuevo ejército.

La emisión de papel moneda de Monclova fue por cinco millones de pesos. Otra más se hizo en Hermosillo, Sonora, por veinticinco millones de pesos. Posteriormente, ya derrotado Huerta, la Revolución hecha gobierno, lanzó otras emisiones de papel moneda; pero las primordiales, las que sirvieron para la lucha contra la usurpación, fueron las dos antes mencionadas.

El Estado de Sonora, paralelamente con el de Coahuila, se rebeló contra Huerta, y al hacerlo contaba con las fuerzas irregulares que guarnecían el Estado y que eran dos cuerpos de caballería, con unos trescientos hombres cada uno, tres batallones irregulares y uno auxiliar federal, integrado por indios yaquis, con unos cuatrocientos hombres cada uno de ellos. El reclutamiento voluntario fue rápido y la campaña contra los federales, que ocupaban las plazas de la línea fronteriza con los Estados Unidos y el puerto de Guaymas, fue brillante. Pronto quedó dominado todo el amplio territorio sonorense, a excepción del puerto de Guaymas, que lo protegían desde el mar, con su potente artillería, los cañoneros al servicio del usurpador.

Predominaban en Sonora las tropas de infantería, integradas por indios yaquis y maqos, casi en su totalidad; pues también se obtuvieron contingentes para infantería de los mineros de Cananea.

Infantería de primerísima calidad. Los indios yaquis y mayos eran infatigables para las marchas; resistentes para las fatigas; sobrios, disciplinados para con sus jefes y oficiales y excelentes tiradores.

La infantería de Sonora estaba organizada del mismo modo que la del Ejército Federal, ya que habían sido sus auxiliares en la pasada campaña contra los orozquistas. Batallones con una plana mayor y cuatro compañías. Armamento: el fusil máuser de 7 mm. Las nuevas fuerzas reclutadas

formaron también batallones de infantería, que si bien no estaban armados con máuser, lo estaban con carabinas Winchester 30-30.

Fácil les fue a los contingentes recién reclutados acostumbrarse a las modalidades castrenses, ya que tenían una base para ello: el pie veterano ya fogueado y muy experimentado. No era la de Sonora una campaña de guerra de guerrillas, sino que tenía la formalidad que dan los contingentes de infantería agrupados y sólidos en la ocupación del terreno.

La infantería sonorense combatía con el mismo sistema de la infantería federal, pasaba del orden cerrado al disperso de la línea desplegada del batallón o de la compañía, se maniobraba por separado, a la columna de compañía, o sea el dispositivo de una sección tras de otra. De la columna de compañía, o de la línea de columnas de compañía, si era todo el batallón el que maniobraba, se desplegaban las primeras secciones para formar la línea o cadena de tiradores; las segundas secciones quedaban como sostenes y las terceras, como reservas.

Una característica muy especial tenía la infantería sonorense: los tamborcillos yaquis, especie de pandero grande, rudimentario, que el individuo que lo toca lo lleva suspendido de su mano izquierda y con la derecha lo tañe para producir un sonido monorrítmico, acompasado y violento. Sonsonete éste, crispante, primitivo, aturdidor. Un tambor de ésos para cada compañía o fracción, cuando ésta opera por separado. Su toque siempre es el mismo, no varía, y sirve para llamar la atención de los que marchan agrupados, cuando la columna varía de dirección; cuando se emprende la marcha, cuando se hace alto, cuando se empeña en el combate, o cuando se emprende la retirada. Se toca para todo lo que cambia el ritmo que se lleva, para indicar que debe darse más atención a lo que se está haciendo, para dar más vigor y más empeño a lo que se ha ordenado.

El tamborcillo yaqui ha sonado en las montañas del Bacatete, en los desiertos o en las riberas de los ríos Yaqui y Mayo, y su sonido ha llevado la inquietud, el miedo y hasta el pánico. Sonido pavoroso, tamborileo de muerte para los enemigos que han escuchado el temblequear de los parches, sacudidos enérgicamente en medio de la lluvia de balas que los indios disparan.

Todos conocemos los toques de las cornetas y de los tambores. Los hemos oído desde que "éramos chiquitos" y los seguiremos oyendo dentro de los cuarteles, en las calles adyacentes, en las plazuelas; pues no solamente hacen escoleta los banderos en el interior de los cuarteles, atormentando a los que tienen que oírlos porque no tienen otro remedio, sino que

se desbordan a la calle, para atosigar a los pacíficos que nada les han hecho y que son del todo inocentes. Y por si esto fuera poco, ahora todos los sindicatos o agrupaciones civiles tienen bandas de guerra, algunas hasta femeninas..., por cierto bastante buenas, que tocan y tocan, en donde pueden, la ya aprendida, por todo oyente, cantilena de la escoleta: "atención, asamblea, llamada de tropa, lista, parte", etc.

Pues bien, de la combinación de esos toques, tomando compases de ellos, se formaban los toques combinados para ejecutar los movimientos en el orden disperso de la infantería.

Treinta y tantos toques eran éstos, y de ellos el más conocido, el que encabezaba a los demás, era el de "atención, fagina y marcha", que significaba: "orden de combate al frente".

Esos toques en el orden disperso eran la prolongación de la voz de mando del comandante o del instructor; voz acrecentada por los bronces de las cornetas. Voces que lo mismo servían para efectuar los movimientos, que para que el enemigo se enterara de ellos.

El que esto narra, por aquellos primeros meses del movimiento armado contra Huerta, escribió un folleto que llevaba por título *La caballería constitucionalista, su organización e instrucción,* que con la aprobación del Primer Jefe y de su jefe de Estado Mayor, fue publicado primero en Hermosillo, y más tarde una segunda edición fue hecha en Saltillo.

El folleto era pequeño pero substancioso. Estaba hecho para las circunstancias prevalecientes y al alcance intelectual de los comandantes de caballería de entonces; estaba escrito en forma de síntesis. Se hacía caso omiso del orden cerrado y se abordaba de inmediato el orden disperso.

Principia el mencionado folleto por la organización: Regimientos de 4 escuadrones y una plana mayor. Escuadrones de 3 secciones, con un efectivo de 105 hombres cada uno. Un coronel comandante; un teniente coronel, segundo jefe y encargado de la instrucción; un mayor, Jefe del Detall; un capitán primero, ayudante; 2 subtenientes, subayudantes, para la plana mayor; y cada escuadrón con un capitán 1° comandante, un capitán 2°, tres tenientes y tres subtenientes.

Venían después las reglas y voces de mando para el combate a pie o a caballo, desde la escuela del pelotón hasta la del regimiento.

El mecanismo no podía ser más sencillo:

Una columna marchando de dos en dos, que es la forma más usual, a la voz de "combate a pie", desde luego hacía alto, y desmontaba tan

sólo la hilera de la izquierda, dejando sus caballos al cuidado de los componentes de la hilera de la derecha para que los condujeran al lugar apropiado del terreno, para su mejor resguardo. La fuerza desmontada emprendía la marcha en columna de dos en dos hacia el objetivo; a la voz de: "¡al frente, en tiradores!", los dos hombres de la cabeza de la columna se separaban el uno del otro la distancia normal entre un tirador y otro, la que es, aproximadamente, de unos dos metros; los individuos que formaban las dos hileras avanzaban al paso veloz para colocarse a la altura de los de la cabeza, ya con sus intervalos de tiradores. Quedaba así establecida una cadena de tiradores que podía avanzar toda en línea o por escalones, que en el primer caso serían dos: los de la hilera derecha o los de la hilera izquierda. Si se avanzaba por escalones, el primero en iniciar la marcha era el de la derecha. Si se efectuaba retirada, el primero en retroceder era el de la izquierda. Las voces de mando eran: "avance por escalones", o "en retirada por escalones". El avance o el retroceso se hacía dejando atrás o adelante una distancia aproximada a la del frente que se ocupaba.

Los tiradores podían cambiar de frente de combate a las voces de: "cadena de tiradores a la derecha o a la izquierda", girando toda la línea sobre su extrema izquierda o derecha.

Para el combate a caballo, los movimientos eran similares a los de combate a pie, sólo que las voces de mando eran: "al frente en forrajeadores", y los aires de marcha eran vivos hasta llegar a la carga.

El comandante del regimiento o el del escuadrón, en su caso, desplegaría de la fuerza bajo su mando la que creyera necesaria para la operación, dejando el resto como sostén o reserva.

No podía ser más sencillo el aprendizaje y tenía la gran ventaja de que la instrucción interesaba sobre manera a la tropa, especialmente en los ejercicios que se hacían montados, pues llegaban hasta el entusiasmo y, claro está, la instrucción resultaba agradable y sumamente eficiente.

A la tropa se le advertía que tenía libertad para gritar al llegar a la parte culminante de las cargas, y lo hacían de tal manera que seguramente deberían producir pavor al enemigo.

Era una oportunidad para darle rienda suelta al caballo y a la palabrería de diario consumo.

En Sonora se efectuaron batallas formales, con la concurrencia de núcleos fuertes por ambas partes. En Coahuila la campaña fue esencialmente a base de caballería, operando con especialidad por escuadrones

aislados, aunque algunas veces fueron regimientos los empeñados en la lucha. En Durango y Chihuahua nacieron ya las brigadas de caballería.

Las tropas sonorenses siempre obtuvieron triunfos; las otras, las de caballería, a veces tenían fracasos y a veces triunfos. En el resto del país los constitucionalistas también obtenían triunfos y sufrían derrotas.

El Primer Jefe creó, por decreto, los cuerpos de ejército y las divisiones aisladas.

El movimiento armado del ejército del pueblo crecía con rapidez en todo el amplio territorio del país y llegó a la victoria total sobre el Ejército Federal de Huerta, hasta lograr la rendición incondicional del mismo, con los tratados de Teoloyucan y la entrada a la capital de la República, el día 14 de agosto de 1914.

Las tres cabezas principales del Ejército Constitucionalista, los tres generales de división que primero ostentaron ese alto grado fueron: el general Alvaro Obregón, invicto comandante del Cuerpo de Ejército del Noroeste; el general Francisco Villa, comandante de la División del Norte, intrépido, activo y batallador, que hizo campaña memorable, y el general Pablo González, comandante del Cuerpo de Ejército del Nordeste, activo, sufrido y perseverante. De estos tres grandes núcleos surgieron más tarde jefes que llegaron al generalato y que fueron, y son los que aún viven, honra y prez de nuestro ejército.

El Ejército Constitucionalista nació antes de la Primera Guerra Mundial, y puede caberle la satisfacción de haber sido el primer ejército del mundo que empleó nuevos métodos en el arte de la guerra.

Rompió con las normas napoleónicas, tenidas hasta entonces como clásicas, de no dejar enemigo a retaguardia en el avance del ejército. Los constitucionalistas dejaron a Guaymas y Mazatlán sitiados y continuaron sobre su objetivo: la capital de la República. Aquello rompía lo establecido y no fue hasta la Segunda Guerra Mundial cuando esta nueva táctica quedó plenamente instituida: "No importa el enemigo atrincherado en una plaza fuerte, si se le deja fijo, vigilado, y se sigue adelante directamente sobre el objetivo mayor."

Así como esa nueva modalidad empleada en la conducción de la guerra, debe también hacerse referencia a una quizá pequeña cosa, que ahora en el mundo, entre las grandes potencias militares, es factor preponderante, tal vez decisivo, en la guerra moderna: la aviación de combate.

La primera vez en la historia militar del mundo que se utilizó un avión con fines exclusivamente militares fue en el Ejército Constitucio-

nalista, en abril de 1914, en las cercanías de Topolobampo, Sin., contra barcos de guerra que servían a Huerta.

Asimismo, el sistema de fortificación pasajera, la que se construye en el propio campo de batalla, también sufrió una innovación profunda; no más líneas rígidas de trincheras corridas, sino loberas individuales, más seguras, más fáciles de construirse y más ocultas para el enemigo que ataca. Sistema fue éste que emplearon los ejércitos en la pasada Segunda Guerra Mundial.

Los cohetes "Mariñelarena" fueron invención constitucionalista; consistían en una serie de tubos unidos uno al lado del otro y montados sobre un tripié, con mecanismo de puntería, para lanzar a la vez los diez cohetes alojados en los tubos, hasta una distancia que podía llegar a los quinientos metros. Fueron estos cohetes, sin duda, los antecesores de los morteros, *bazookas* y cohetes dirigidos, empleados en la Segunda Guerra Mundial.

El sistema de combinar la guerra de guerrillas con la guerra convencional, también fue característica del Ejército Constitucionalista, que dio al traste con las normas seguidas hasta entonces y que lo llevaron al triunfo.

Cincuenta años han pasado.

Nuestra mente almacena constantemente recuerdos; es un archivo interminable, desde que se tiene uso de razón hasta que se pierden los sentidos en los aledaños de la muerte.

Pero de ese archivo inmenso que reunimos en las células del cerebro, hay recuerdos que tienen más fijeza y que se imponen a los otros, a los de todos los días, y son aquellos que se grabaron más por las circunstancias en que los vivimos, por la huella que nos dejaron y por la trascendencia de lo que ocurrió.

Tuvimos la suerte, los que fuimos revolucionarios en los años de 1910 y 1913, de asistir y actuar, poco o mucho, bien o mal, en un cambio trascendental del país. Fue una suerte haber nacido en la época de Porfirio Díaz y haber sentido la necesidad de una sacudida revolucionaria que cambiara la situación tranquila, adormecida y miserable de la ciudadanía; de palpar la necesidad de una política gubernamental eficiente

y efectiva; de renovar lo carcomido, y dar, o tratar de dar, a la gran mayoría proletaria aunque fuera un mediano bienestar que no tenía.

Fue una suerte nacer entonces y ser jóvenes y animosos cuando empezó la gran lucha. Suerte también ha sido haber perdurado, haber vivido dentro de la lucha y en los vaivenes de la misma y poder todavía contarlo. Suerte aún mayor, para algunos de nosotros, el haber convivido, en la clase de oficiales, en los Estados Mayores, con los grandes caudillos del formidable movimiento armado del país.

Cayeron muchos compañeros en la lucha. Muchachos sanos, buenos, sencillos y bienintencionados regaron con su sangre el gran campo de batalla que lo constituyó el perímetro del suelo patrio. No supieron del triunfo, ni de las entradas triunfales y los anhelos satisfechos. No tuvieron la oportunidad de dejar de ser buenos, ni de presenciar las subsecuentes divisiones entre los que luchaban como hermanos contra un enemigo bien definido, y después, por diferencias secundarias, lucharon entre sí.

Dichosos, en parte, aquéllos que murieron y no les tocó derramar la sangre de los que habían sido sus compañeros de lucha y de ideales, que no supieron del "embute", del placer, del dinero, del automóvil, ni de los puestos públicos.

La Revolución fue una efervescencia, un fuego que primero quemó lo que debía quemar, aquello para lo que había sido encendido; pero que después, fuego al fin, quemó también mucho que no debió quemar. Fue una conjunción de valor, de energía, de coraje, de pasiones desatadas, encontradas a veces entre sí, pero con una finalidad única, insuperable y latente desde entonces hasta ahora mismo: el mejoramiento de la nación mexicana.

Cayeron muchos, se pervirtieron otros, claudicaron otros más. La Revolución no la hicieron los santos, sino los hombres de carne y hueso que, como tales, fueron pasionales y con muchos defectos.

Ahora, a la distancia de los años, cuando estamos viendo los que fuimos también revolucionarios conscientes y llenos de ánimo, los que fuimos mozos y ahora peinamos canas o no tenemos nada que peinar, que se van los nuestros para siempre, o que ya se han ido; cuando vemos que "le tiran al grupo", que la vida va llegando a su fin, podemos considerar serenamente, por encima de nuestras divergencias, de nuestros rencores y desazones, que la Revolución Mexicana es única, grande e imperecedera y que sus grandes figuras siguen y seguirán en pie al través del tiempo y de las generaciones que habrán de sucedernos y habrán de juzgarnos, ya sin las pasiones que a nosotros nos animaron y que a veces nos hicieron chocar entre nosotros.

Nuestras prominentes figuras, con sus errores y sus grandes divergencias, como mortales que fueron; con sus debilidades, con sus energías, con sus pasiones (hombres al fin), fueron por encima de todo, grandes revolucionarios que dieron al país una contextura nueva, pujante y perdurable.

Se ha vertido sangre, mucha sangre, en el gran campo de batalla que fue el amplio territorio nacional, y diferencias humanas, muy humanas, hicieron a los revolucionarios enfrentarse unos contra otros; pero dentro de la gran finalidad que los unió a todos ellos, pueden considerarse esas diferencias como secundarias. Todos buscaban, por diferentes caminos, el bien del pueblo mexicano. Sangre, desolación, destrucción de todo, para después construir, sobre escombros y cadáveres, una patria más grande y más robusta para dar un bienestar a los desamparados de todos los tiempos.

Todos contribuyeron para la realización de la gran obra de la Revolución; los que ganaron y los que perdieron; los que murieron y los que aún viven. Cada uno contribuyó con lo que pudo: con su vida, con su sangre, con su bienestar.

La Revolución es de todos: está en pie.

Nos quedan, a los supervivientes de las luchas pasadas, pocos años de vida; no pueden ser ya muchos, y aun a aquellos que llegamos mozos a la lucha nos espera la tierra que todavía pisamos y en la que hemos de dormir profundamente. Tierra mexicana que nos vio nacer y luchar y nos ha de ver morir y dar cobijo amorosamente. Hijos de México, buenos o malos; luchadores por una misma causa, por diferentes senderos, han de ser todos finalmente vencidos para siempre, para reposar en la tierra bronca de las montañas o blanda de los llanos de nuestro eterno México.

Cadetes mexicanos, soldados de México: el camino que tenéis por delante, que os habéis trazado voluntariamente, es largo; es de abnegación, de desinterés y a veces de sufrimiento, pero la meta es grandiosa cuando se va por el camino rectamente, aun cuando éste sea tortuoso y árido. El camino del cumplimiento del deber es recto, no os apartéis de él.

ORIGEN DEL EJÉRCITO CONSTITUCIONALISTA

Francisco L. Urquizo

fue editado por el

Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México

Se terminó en la Ciudad de México en mayo de 2020,
durante la pandemia COVID-19, en cuarentena,
a 100 años del fallecimiento de Venustiano Carranza.

Francisco L. Urquizo es, sin lugar a dudas, uno de los personajes que más ha contribuido a que las generaciones posteriores a aquella que hizo la Revolución Mexicana hayan podido aproximarse a ese magno acontecimiento y entenderlo a través de su magistral pluma. Los escritos de Urquizo, en los cuales rescata sus vivencias como participante de la gesta revolucionaria y donde ofrece retratos e imágenes memorables de los sucesos, se han convertido en una de las mejores descripciones para la comprensión de un evento tan vasto y complejo como la Revolución. Por eso, su obra es una referencia obligada para todo aquel que quiera conocer lo que significó ese gran cataclismo social que transformó para siempre a nuestro país.

El INEHRM presenta ahora nuevamente la edición facsimilar de su obra *Origen del ejército constitucionalista*, conferencia que Urquizo dictó el 22 de febrero de 1963, cuando se cumplieron los primeros diez lustros del Ejército Mexicano, y que el INEHRM editó en 1964 para conmemorar a su vez el cincuentenario de la firma de los Tratados de Teoloyucan, 13 de agosto de 1914. Ahora el motivo de esta nueva edición es la conmemoración de los 100 años del fallecimiento de Venustiano Carranza.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
INEHRM